

Estructura del debate sobre *Todas las sangres*

Dorian Espezúa Salmón
Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Resumen

En este artículo explicamos, en términos teóricos y prácticos, qué se entiende por debate, cuáles son sus elementos, qué funciones cumplen y cómo se interrelacionan los mismos. El debate sobre *Todas las sangres* (1964), realizado el 23 de junio de 1965, ha sido publicado con la denominación de «mesa redonda». ¿En qué medida es una mesa redonda, un debate, un (des) encuentro, un diálogo o una conversación? Para resolver este problema nos serviremos básicamente de los postulados del análisis de la conversación, pero también haremos uso de los postulados de la pragmática como disciplina, que nos ayuda a estudiar enunciados en situaciones comunicativas concretas.

Abstract

In this article we explain, in theoretical and practical terms, what is meant by the debate, what are its elements, what roles and how they interrelate them. The debate on Todas las sangres (1964), taken on June 23, 1965, has been published under the name of «round table». To what extent is a round table discussion, a (dis) meeting, a dialogue or conversation? To solve this problem we serve basically the tenets of the analysis of the conversation, but we also make use of the tenets of the pragmatic as a discipline that helps us to explore concrete set forth in communicative situations.

Pese a que pertenecen al campo de la interacción verbal, y más específicamente, al de la interacción semiótica, existe una diferencia sutil entre diálogo y conversación. Siguiendo las ideas desarrolladas por Levinas (1997) –quien propone un «humanismo del hombre»–, Buber (1967) –quien plantea un «humanismo dialógico»– y Gadamer (1992) –quien plantea el «giro dialógico»–, podemos definir el diálogo como una actividad humana, no necesariamente propia de intelectuales, que no consiste simplemente en compartir información o intercambiar palabras a través de un medio de comunicación, sino en mantener abierto un espacio común de pertenencia, participación, encuentro, convivencia, reconocimiento, crecimiento y transformación a partir de una racionalidad no dogmática que, sin embargo, apunta a un consenso. Por eso, un diálogo auténtico no se puede planificar ni predisponer, puesto que se da en sí mismo en el momento de su ejecución. Un interlocutor asume las condiciones de un diálogo responsable cuando es capaz de expresar sus propias convicciones para someterlas a prueba en el diálogo. En ese sentido, el diálogo no puede sustraerse al debate, la discusión y la búsqueda de los mejores argumentos.

Mortalla (2006), siguiendo los planteamientos de Levinas, Buber y Gadamer, sostiene que dialogar es participar y pertenecer a un espacio común, es compartir existencias, es convivir con el otro. Todo diálogo apunta al entendimiento mutuo y al reconocimiento recíproco entre los interlocutores de manera tal que el debate y la discusión son también formas de diálogo. Mortalla nos dice que:

Para dialogar hace falta un lenguaje común o, al menos, tener voluntad de situarse en el espacio común donde nos sitúa el lenguaje. En la sociedad de la información y el conocimiento, la capacidad para el diálogo es un bien escaso porque exige un lenguaje común, un interés común, un horizonte de bien común y la expectativa de una historia común. Esto no significa darle la espalda a la verdad para evitar cualquier tentación de dogmatismo. No dialogan en serio quienes se instalan en el escepticismo, el relativismo o el

pragmatismo de cualquier mayoría socio-política, sino quienes se disponen no sólo a buscar, sino a vivir en la verdad (2006: 215).

La cita anterior nos muestra algunas ideas importantes. Primero está el hecho de que no puede haber diálogo sin lenguaje común; luego está la idea de la expectativa común que puede traducirse como «objetivos comunes»; después tenemos el imprescindible hecho de que todo diálogo busca una verdad reñida con el dogmatismo, el escepticismo, el relativismo y el pragmatismo. En ese sentido, un diálogo involucra intervenciones que son complementarias hacia un fin.

Desde otro punto de vista, un diálogo formal requiere orden, claridad, pertinencia y, en la medida de lo posible, no-tolerancia de desviaciones. Por lo tanto, resulta fundamental tomar en cuenta el *principio de cooperación* y, de forma secundaria, el *estudio de la cortesía*. En la mesa redonda sobre *Todas las sangres* no se produjo un diálogo como tal, en primer lugar, por la posición dogmática de algunas intervenciones de los participantes que defendieron ideas preconcebidas y, en segundo lugar, porque no se llegó a conclusiones o a un fin. El diálogo responsable implica una competencia cognoscitiva, cultural, intelectual, comunicativa para opinar sobre un determinado tema. Una lectura atenta de la mesa redonda nos demuestra hasta qué punto los sociólogos tenían la suficiente competencia para opinar en términos literarios sobre una novela y hasta qué punto los críticos literarios tenían la competencia para opinar en términos sociológicos sobre la novela. Esto sin considerar la (in)competencia que los especialistas tenían respecto de su propia disciplina. También se puede percibir cuántos y quiénes de los participantes tenían la competencia cultural y el conocimiento del mundo andino suficiente como para opinar con propiedad sobre *Todas las sangres*. En todo caso, debemos asumir que los sociólogos tenían la competencia para opinar en términos sociológicos, los críticos en términos de crítica literaria y los que conocían el mundo andino para opinar sobre el mismo. Feliz o lamentablemente en el debate se produjo un predominio de intervenciones desde el punto de vista de las ciencias sociales y

se dejó de lado los aspectos literarios de la misma. Es más, en el debate se deslegitimó el conocimiento que aporta la experiencia vital.

Según Bobes Naves (1992), una conversación, a diferencia de un diálogo, es una suma de intervenciones que no necesariamente buscan un fin común (aunque esto se puede relativizar). En ese sentido, una conversación es un acto lúdico más que pragmático, espontáneo, improvisado, sin unidad temática, sin orden pre-establecido. En la mesa redonda sobre *Todas las sangres* se mezclaron elementos de diálogo, como el orden y la estructura planteada por Alberto Escobar, y la improvisación, por ejemplo cuando Henri Favre invitó a Aníbal Quijano a la mesa y este se incorporó a la misma o cuando se interrumpieron las intervenciones de los participantes sin respetar su turno de palabra. En sentido estricto, cuando hablamos de la mesa redonda sobre la novela de Arguedas, no estamos frente a un diálogo ni frente a una conversación, estamos frente a un *fluir* discursivo más o menos formal que, exceptuando las ideas de consenso y acuerdo propias de la *razón comunicativa*, puede ser abarcado por la denominada *teoría de la acción comunicativa* propuesta por Jürgen Habermas (1981).

También Bobes Naves (1992) establece una diferencia entre diálogo y dialogismo. Para ella el diálogo involucra la presencia de dos o más sujetos físicamente distintos que alternan sus roles de hablante-oyente. En esa medida, un diálogo es una actividad interactiva que funda un discurso que tiene varios sujetos enunciadore que construyen un sentido. La autora cree que debe haber una enunciación y una respuesta física (fónica) para que exista diálogo. El dialogismo, término de origen bajtiniano, involucra, para la autora, un solo sujeto, una enunciación cerrada en la medida en que no hay otro interlocutor físicamente diferente, en ese sentido es un monólogo. Pero después afirma que el dialogismo es un rasgo característico de todo discurso y que, en realidad, es un proceso donde se da un desdoblamiento de un sujeto en emisor y receptor. Evidentemente un discurso siempre está dirigido a otro. El dialogismo implica un diálogo con la tradición, es decir, abrir y cerrar, activar y desactivar la memoria. En la mesa redonda sobre *Todas las sangres* muchos de los participantes dialogaron consigo mismos —o con

la tradición que los constituía en ese momento— y no con los otros participantes en el debate. Es más, ni siquiera dialogaron con sus propias opiniones anteriores emitidas en otros encuentros o textos; lo que probaría que la lógica argumental de cada uno de los participantes se fue construyendo condicionada por la situación comunicativa particular en la que se hallaban inmersos. Este es el caso de Sebastián Salazar Bondy, Henri Favre, Aníbal Quijano y José Miguel Oviedo que defendieron cerradamente sus posiciones sin ceder en sus apreciaciones, de manera que sus discursos pueden ser calificados de «cerrados», «dogmáticos» y «monológicos».

Dado que la división y diferenciación entre diálogo y conversación puede ser totalmente arbitraria dependiendo de los factores contextuales, consideraremos estos dos términos y conceptos como complementarios. Un diálogo es también una forma de conversación, que no siempre es formal y que no siempre está dirigida hacia un fin, y una conversación es una forma de diálogo, por lo menos en ciertos aspectos, que no siempre la hacen informal y sin finalidad tal y como sucedió en la mesa redonda sobre *Todas las sangres*. El diálogo y la conversación son procesos verbales muy complejos que tienen como prerrequisitos ciertas condiciones que se refieren a dónde, cómo, cuándo, de qué se puede o se debe hablar. Estas condiciones son indispensables a la hora de recomponer el intercambio semiótico verbal y no verbal. Bobes Naves (1992) insiste en que el diálogo no es sólo un proceso de comunicación porque en la comunicación un sujeto se dirige a otro en un proceso que se da por concluido cuando el segundo se da por enterado. El diálogo es más que el simple proceso de comunicación, es intercambio y, sobre todo, construcción y creación de ideas. La idea de construir y crear un sentido se opone a la simple acumulación de opiniones o enunciados que no apuntan a un fin. En el diálogo se establece una verdad comunicativa y un consenso fundado entre los participantes. Tomando en cuenta esta opinión, un diálogo construye un texto, es decir, todos los turnos de palabra que funcionan como enunciaciones van conformando el enunciado final entendido como texto. Es en el proceso dialógico que se van estableciendo los marcos discursivos de

encuentro o desencuentro entre los participantes. En ese sentido, el enunciado final del debate, que se construyó con opiniones concordes y mayoritarias pero no consensuales, fue que *Todas las sangres* no servía como documento sociológico, ni tampoco como testimonio válido de la realidad peruana tal y como lo planteó Sebastián Salazar Bondy. Obviamente este enunciado tuvo su correlato contrario en las opiniones minoritarias de José María Arguedas y Alberto Escobar, que sostuvieron que la novela mostraba una «realidad real» o «una imagen total del Perú». A pesar de esta funesta y tácita conclusión, no se demostró que la novela no sirviera como novela. Es más, casi todos los presentes reconocieron los méritos literarios de *Todas las sangres*. No obstante, para los científicos sociales y críticos literarios, los méritos literarios no están asociados a los méritos antropológicos de la novela. De esta manera se separan dos campos, que en el caso de la novelística arguediana están unidos de manera indisoluble, por lo que se pierde de vista la naturaleza textual de la novela.

Una de las manifestaciones reales de la lengua, tal vez la más importante, es la que se da en la conversación. Es en este nivel donde se ve cómo funciona la lengua viva como forma primera y primaria. En efecto, la conversación es el fenómeno lingüístico en el que se manifiestan las intenciones comunicativas más variadas, que se hacen tangibles en enunciados —fundamentalmente orales—, que rebasan lo específicamente lingüístico. Gracias a la conversación nos relacionamos con las demás personas y entramos en contacto con las situaciones más diversas. Incluso cuando pensamos, lo hacemos siempre en forma de diálogo. La comprensión en el intercambio comunicativo es posible a través de la negociación del significado. Para negociar el significado con un interlocutor es necesario darse cuenta de las diferencias de fondo, respetarlas y rescatar la información pertinente o relevante. No existe diálogo si no se parte del presupuesto de aceptar que el otro pueda tener la razón. En caso contrario, sólo estaríamos hablando de una defensa de posiciones cerradas o de monólogos que se quieren imponer yendo en contra de lo esencialmente dialógico que es la democratización de la conversación. Siendo un poco esquemáticos podemos decir que Sebas-

tián Salazar Bondy, Aníbal Quijano y José Miguel Oviedo no negociaron sus opiniones; y en cambio, Alberto Escobar, José María Arguedas, José Matos Mar y Jorge Bravo Bresani sí se mostraron dispuestos a negociar.

Hay dos tipos de conversaciones, las cotidianas que tienen lugar en contextos informales y las planeadas o programadas que se desarrollan en contextos más o menos formales. La mesa redonda sobre *Todas las sangres* pertenece al segundo grupo y ha sido denominada con el rótulo de «debate». En efecto, un debate es un tipo de conversación que tiene ciertas características especiales —como veremos más adelante— y en el que se pueden estudiar no sólo los componentes lingüísticos, sino todos los componentes de una estructura de enunciación mayor a la oración, que tiene que ver con la interacción o intercambio de opiniones sobre un determinado tópico, entendido como aquello de lo que se está diciendo algo. Las intervenciones de los participantes constituyen actos de habla en los que se pueden rastrear presupuestos e implicaturas. En ese sentido, el estudio de un debate nos permitirá resolver cuestiones como los niveles de igualdad o diferenciación en el manejo del mundo compartido, los mecanismos por los cuales entran en contacto enunciados que presuponen o implican tradiciones culturales diferentes y la concepción polivalente del tema abordado por los especialistas.

El estudio del diálogo y de la conversación es objeto de interés de muchas disciplinas, como por ejemplo, la epistemología, cuyo interés es la teoría del conocimiento; la sociología, en la que el diálogo interesa como instrumento y forma de interacción social; la etnografía de la comunicación, que intenta describir las características típicas de los eventos lingüísticos en el contexto de convenciones lingüísticas y sociales; la sociolingüística de la interacción; la etnometodología, que intenta describir el comportamiento humano intersubjetivo gobernado por reglas y normas interiorizadas; el intencionalismo, que parte del presupuesto de que el uso del lenguaje para comunicar es una actividad guiada por finalidades u objetivos; el análisis del discurso; la lingüística textual; el análisis de la conversación o la pragmática. Estas disciplinas tienen

como fin explicar los mecanismos del uso cotidiano del lenguaje, no necesariamente desde un punto de vista particular, sino más bien desde una visión interdisciplinar que explique las interacciones verbales de la gente en los contextos más diversos. Cada disciplina aporta una visión particular, una metodología y una concepción teórica específica. En ese sentido, un estudio completo del debate sobre *Todas las sangres* requiere la concurrencia de profesionales provenientes de todas las disciplinas antes mencionadas, además de críticos literarios especializados en la narrativa arguediana. Como afirma Tusón Valls (1997), el *análisis de la conversación* y *conversación* son dos términos que es necesario distinguir:

«Análisis de la conversación» se usa dentro del terreno que nos ocupa de dos maneras diferentes. Por una parte, en un sentido muy restringido, se usa para designar una determinada corriente dentro de la sociología, la etnometodología, que se interesa por el estudio de las interacciones y, especialmente, de las interacciones cotidianas u ordinarias. A los seguidores o practicantes de esta corriente se les conoce como etnometodólogos o, simplemente, conversacionalistas. Por otra parte, en sentido más amplio, análisis de la conversación se usa para denominar la actividad que realiza quien estudia las conversaciones o las interacciones verbales orales (1997: 13-14).

Nuestra perspectiva considera el análisis de la conversación en su sentido más amplio y se complementa con el término *conversación* como actividad oral de carácter interactivo, organizado o estructurado en turnos de palabra. En un primer nivel, conversación es sinónimo de conversación espontánea, no planificada, donde se establecen relaciones sociales y de solidaridad entre los interlocutores y se mantiene el territorio y la imagen de los participantes, entre otras cosas. En un segundo nivel, y en una acepción más restringida, conversación alude a un intercambio formal, planificado, que se manifiesta en entrevistas, reuniones de trabajo, debates, mesas redondas, interrogatorios, exámenes orales, tertulias, confesiones, etcétera. En esta segunda acepción se incluye el debate, entendido como un tipo de interacción verbal más

o menos espontánea. El debate sobre *Todas las sangres* tiene la ventaja de haber sido grabado y publicado, por lo que estamos frente a dos registros que pueden ser consultados. Sin embargo, es necesario recalcar algunas diferencias importantes que se dan entre la conversación hablada y escrita.

En el marco del habla, la conversación se da en un lugar y espacio determinados. Los hablantes, interlocutores, participantes o conversadores tienen que compartir ciertos conocimientos comunes, que en el caso del debate sobre *Todas las sangres* no se dan, a pesar de que se supone que todos los participantes en el mismo leyeron la novela. Los marcos discursivos (*frame*) son entendidos como las formas de organización del conocimiento convencionalmente establecido, sin el cual es imposible la interpretación discursiva, ya que toda interpretación de un discurso supone una interpretación del mundo. Para nadie es un secreto que en el debate sobre la novela de Arguedas los participantes tenían diferentes marcos discursivos en lo que se refiere a la preparación profesional, al conocimiento de la coyuntura socio-política de la época y al conocimiento del mundo andino. El habla se autorregula, ya que en el habla no se puede tachar o borrar lo dicho, la única manera de corregir el discurso es seguir hablando. Por eso es normal que en el uso oral abunden las repeticiones, las paráfrasis que contribuyen a asegurar, a través de la redundancia, la información que debe ser procesada adecuadamente. Un aspecto fundamental en el nivel oral es la prosodia. La entonación, las pausas y el acento de intensidad nos sirven para diferenciar significados o enunciados. Estos son recursos que se utilizan para marcar el foco informativo. Además están los rasgos paralingüísticos —la calidad de la voz, el tono, el ritmo— que nos informan del sexo, edad, intensidad de las emociones, etc. Entre lo lingüístico y lo paralingüístico encontramos una serie de «ruidos» o vocalizaciones con gran valor interactivo (*ajá, huy, uf, ches, mm, eh*) difíciles de representar en la escritura. No menos importantes son los rasgos extralingüísticos, dentro de los que encontramos los elementos cinésicos y proxémicos. En el caso del debate de *Todas las sangres* no tenemos registros de imágenes y, por lo tanto, no podemos apelar a los mencionados rasgos.

El diálogo y la conversación son fenómenos semióticos o situaciones semióticas cara a cara. En buena cuenta, el diálogo tiene una triple estructura básica que consta de lenguaje, paralenguaje y kinésica. En el caso del debate sobre *Todas las sangres* sólo tenemos registros de lenguaje y paralenguaje. Así, lo específico del diálogo, en comparación con otros procedimientos verbales, es la convergencia de signos de varios sistemas, la presencia e intervención de varios sujetos y la consiguiente fragmentación del discurso. Es necesario remarcar que los signos verbales y no verbales interactúan en el diálogo. Así, una palabra puede ser respuesta a un gesto y viceversa. También es necesario subrayar que la construcción del sentido es progresiva y de acuerdo a la intervención de los interlocutores. El sentido de un diálogo no se cierra hasta que éste no se concluya y, además, puede ser alterado en cualquier momento. Por otra parte, el diálogo crea su propio universo discursivo, sus propias implicaturas conversacionales. En consecuencia, el sentido se logra con la colaboración de todos y no se cierra hasta que termine el diálogo. Lamentablemente el debate sobre *Todas las sangres*, tanto en su versión escrita como en su versión oral, constituye una conversación incompleta, un diálogo cortado y, por lo tanto, un texto cerrado inesperadamente. Ahora bien, esto nos lleva a considerar que un acto de habla sólo tiene sentido en la medida en que parte de un enunciado mayor, conformado por todos los actos de habla que involucra el diálogo. Es más, debemos considerar que el debate sobre la novela de Arguedas sólo tiene sentido si lo enmarcamos en una serie de debates producidos en la misma época y en los que subyacen prácticamente los mismos temas. En ese sentido, el contexto funciona como el texto mayor del que forma parte el mismo debate.

Es una condición necesaria para el funcionamiento de un texto oral el que los interlocutores compartan un mismo entorno espacio-temporal, que en el caso de las comunicaciones telefónicas se reduce al entorno temporal. Esto hace posible que los décticos y las oraciones que a menudo quedan sin completar se carguen de sentido, y que las ambigüedades se resuelvan. La presencia y colaboración del receptor es importante tanto para la construcción y reconstrucción del sentido

como para la eficacia de la comunicación. Las reiteraciones, repeticiones, interjecciones, onomatopeyas y expresiones de la subjetividad son habituales en la comunicación oral cotidiana. Son frecuentes las expresiones que evidencian la conciencia de estar comunicando, el control del propio texto, el control de la comprensión del interlocutor —la función fática del lenguaje—. En la comunicación oral, los textos rompen la sintaxis, que suele estar mucho menos estructurada que en la lengua escrita; la oralidad contiene muchas oraciones incompletas, que a veces son simplemente secuencias de sintagmas; la lengua hablada suele contener menos subordinación, se manifiesta en formas declarativas; en ésta se usan con absoluta libertad diversos registros y niveles sociales de lenguaje y se recurre a los sobreentendidos y al conocimiento del mundo compartido por los interlocutores. Los receptores pueden construir significados ayudados por elementos paralingüísticos como la entonación, las pausas, la intensidad, y por elementos no verbales como los gestos o la expresividad del cuerpo y del rostro. Al hablante, que suele ser menos explícito que el escritor, se le exige mayor control en la extensión de su producción y no posee un registro permanente de lo dicho anteriormente. Pero el hablante también tiene ventajas, puesto que puede observar a su interlocutor y, si lo desea, modificar lo que está diciendo. Puede controlar la reacción del otro minuto a minuto.

Ahora bien, la oralidad, esencialmente transitoria, nos plantea el problema de su (re)presentación escritural para permitir el estudio textual. En ese sentido, el problema de la (re)presentación del registro segmental resulta insignificante comparado con el problema de la (re)presentación del registro suprasegmental (detalles de entonación y ritmo) que no cuenta con convenciones estándares para representar sus características significativas, como por ejemplo determinar, a partir de la voz del hablante, su sexo, su edad aproximada, su nivel educativo, ciertos aspectos de su estado de salud y de su personalidad o su estado de ánimo, entre otros aspectos. La escritura tiene limitaciones técnicas para representar la oralidad en tanto y en cuanto existe una imposibilidad de captar lo simultáneo. La escritura es limitada porque es lineal, sincrónica y también cultural, además de tener dificultades para conectarse con

otros sistemas sígnicos. Desde esta perspectiva, somos conscientes de las limitaciones en que estamos inmersos al trabajar fundamentalmente con el texto escrito del debate publicado por el IEP. Hubiera sido más provechosa una filmación del debate y más provechoso aún ser testigo presencial de dicho debate aunque en ningún caso hubiésemos podido fijarlo para siempre en su totalidad contextual de tal modo que nos sea posible, siempre que queramos, volver a él para releerlo. El estudio del texto publicado entonces nos enmarca dentro de nuestras propias limitaciones que hemos tratado de suplir con versiones de testigos presenciales que nos dieron su testimonio.

En cambio, las condiciones de funcionamiento de un texto escrito, esencialmente permanente y/o estable, podrían ser el hecho de tener un carácter grafémico y espacial. El texto escrito se conserva, de modo que es posible su rigurosidad y precisión por medio de reelaboraciones, modificaciones y ajustes. Escribir es una labor solitaria. Esto presupone que se haga un esquema previo, un trabajo con la escritura que implica corregir, volver a empezar, tachar, ordenar de nuevo lo que se está escribiendo. Escribir es un proceso lento y laborioso, por eso el texto escrito se caracteriza por una alta densidad léxica y semántica. En contraposición al que habla, el que escribe no tiene por qué repetir o parafrasear lo que escribe ya que aparecen diversos organizadores retóricos de fragmentos amplios que conforman un discurso. Eso no quiere decir que no se pueda dialogar por escrito. En efecto, se ha llamado *intertextualidad* al hecho de que un texto dialogue con otros textos. El diálogo y la conversación por escrito están mediados por la reflexión y el reordenamiento de lo escrito de modo tal que pueden evitarse incoherencias o errores. El debate sobre *Todas las sangres* es básicamente oral de manera que se podrían justificar ciertas incoherencias y errores que, de haberse dado de manera escrita, se hubieran podido evitar. En cambio, los textos posteriores al debate que estudian y aclaran las intervenciones del mismo, son escritos y, por lo tanto, mediados por la reflexión y análisis.

El pensamiento analítico es consecuencia de la adquisición del lenguaje escrito puesto que fue la fijación del habla lo que permitió al

hombre separar claramente las palabras, manipular su orden y desarrollar formas silogísticas de razonamiento. En este sentido, el lenguaje escrito ha permitido al hombre reflexionar sobre lo ya pensado, y ha posibilitado el desarrollo de estructuras cognitivas que difieren de las de los analfabetos. Por consiguiente, el lenguaje escrito desempeña fundamentalmente dos funciones: la función de almacenaje, que permite la comunicación a través del tiempo y del espacio; y la función que traslada el lenguaje desde el dominio oral al visual para posibilitar el examen de palabras y oraciones fuera de sus contextos de origen. En esa línea, la publicación del debate sobre *Todas las sangres* nos facilitará una lectura reflexiva y pausada del mismo, que no hubiese sido posible realizar de manera inmediata si sólo contáramos con el material oral.

Los participantes de la comunicación escrita no comparten tiempo y espacio, es más, generalmente no se conocen. La comunicación escrita es diferida y esto hace que el texto tenga que estar constantemente definido o explicado en la escritura. El emisor concibe un destinatario, es decir, se hace una imagen mental de aquellas personas que serán los lectores. Esta imagen mental del destinatario determina que el escritor seleccione un tipo de texto, organice el texto de una forma determinada, prevea la cantidad de información que debe contener el texto y seleccione los recursos estilísticos de sus enunciados. El texto escrito no supone una retroalimentación inmediata y una constante regulación del propio discurso, por lo tanto, el autor del texto escrito necesita usar distintos procedimientos cohesivos, endofóricos y exofóricos para evitar ambigüedades. Un texto escrito evita repeticiones, abuso de interjecciones, de onomatopeyas y de exclamaciones, cuida la sintaxis y el léxico para que responda a lo que socialmente se considera la norma. El texto escrito trabaja con presupuestos o presuposiciones lógicas y no con implicaturas. Por otra parte, los elementos prosódicos, paralingüísticos y extralingüísticos típicos del habla, están ausentes en el texto escrito porque no pueden marcarse. La puntuación intenta traducir la entonación, pero su función básica es organizar lógicamente el texto. Pese a esto, hay algunos elementos que están presentes en la escritura y que no lo están en el habla como la utilización de títulos y

subtítulos, de párrafos, de tipos de letra, de comillas, de paréntesis, de abreviaturas o de notas al pie de página. Los mecanismos cohesivos de la escritura vienen dados por la puntuación y por la sintaxis, en el habla los mecanismos cohesivos están dados por la prosodia.

Una conversación es una actividad que requiere la participación coordinada de dos o más personas que se ponen de acuerdo para iniciarla. Ellas tienen que desarrollar esta actividad de forma coordinada, cooperativa y también tienen que decidir cuándo y cómo terminarla. Los mecanismos más comunes para iniciar una conversación pueden ser los saludos, las preguntas o las exclamaciones. Para mantener una conversación los participantes deben mantener o cambiar el tema, el tono, sus finalidades, sus papeles o su imagen y, por supuesto, tienen que asegurarse de que quede claro lo que están comunicando. Cada participante tiene que dar indicaciones a sus interlocutores a lo largo de la conversación para contextualizar dicha conversación. Una conversación puede cerrarse con un ofrecimiento o invitación a la finalización, con una aceptación o con una despedida y un cierre definitivo. La propia conversación se desarrolla por turnos de palabras libres u obligados considerados como unidades básicas de la organización conversacional y que constituyen *actos de habla* secuenciales que establecen relaciones de coherencia entre sí. En ese sentido, una conversación es, siguiendo lo planteado por Mijail Bajtín, un texto polifónico en el que están presentes varias voces no necesariamente concordantes. Los turnos de habla se articulan de acuerdo a cómo se desarrolla la conversación o a los aspectos modalizantes del discurso. Se originan de los mismos enunciados en cadena y dependen de actos de habla previos de los sujetos del diálogo. Es en los turnos de palabra donde se produce la *argumentación*, que cumple el objetivo de ser una herramienta para la comprensión de los siguientes aspectos del concepto: contenido, progreso, estructura y fuerza. En un sentido metafórico, un argumento es un edificio lingüístico que tiene armazón, que está reforzado y que es una construcción. Con relación al debate sobre *Todas las sangres*, nosotros estudiamos las líneas argumentales del debate tomando en cuenta todos los turnos de palabra de los participantes. Cuando se da el caso de que un participante

es interrumpido por otro, se considera que el turno del participante interrumpido involucra a los turnos interventores. El cambio de turno de los hablantes se produce en un momento que se conoce como *Lugar Apropiado para la Transición* (LAT) y se puede reconocer porque se producen determinados indicios como la totalidad oracional, las coletillas del tipo *y ya está, eso es todo*, la entonación descendente o la pausa. Ahora bien, la aparición de los turnos no se hace de cualquier manera, siempre se puede explicar a partir de la naturaleza de los turnos precedentes y siguientes, es decir, existe un hilo conversacional que se debe mantener y respetar. En el caso del debate sobre *Todas las sangres*, los LAT se producen de tres modos. El primero se da cuando Alberto Escobar cede la palabra, mientras está presente, a los participantes del debate. Un segundo modo se da cuando los participantes intervienen repentinamente para hacer preguntas, aclaraciones o correcciones a otros participantes en el debate que están en uso de su turno de palabra. Un tercer modo consiste en invitar a Aníbal Quijano a intervenir en un debate, en el que no estaba programada su intervención.

Sobre este punto Van Dijk (1996) hace algunas observaciones importantes que comentaremos aquí. En primer lugar, la organización lineal de los turnos de palabra en lo que respecta al tiempo no es equitativa en el debate sobre la novela de Arguedas. En efecto, algunos participantes, como José Matos Mar, intervienen una sola vez y de manera muy breve; otros, como Aníbal Quijano, intervienen también una sola vez pero de manera amplia; mientras que el resto interviene más de una vez. La misma noción de turno implica que los hablantes se alternen sucesivamente en sus actos de habla. Si es que dos personas hablan a la vez, entonces se produce «ruido» en la conversación. Este fenómeno se da, por ejemplo, en las sucesivas intervenciones de José María Arguedas, que realiza interrupciones en varias ocasiones. Las interrupciones a Arguedas pueden ser interpretadas como intencionalmente dirigidas a dificultar su decir, como una marca de disconformidad con lo que se está diciendo, como el conflicto de competencias comunicativas o como evidencias de la incomunicación. En segundo lugar, está el hecho de que, generalmente, los turnos de palabra no tienen una extensión determina-

da, por lo menos en el diálogo cotidiano, tal y como se constata en el debate sobre *Todas las sangres*, donde las intervenciones tienen diferente extensión. En el caso del debate está permitido trazar fronteras temporales para las intervenciones aunque no son rígidas necesariamente. En tercer lugar, los turnos de palabra establecen ciertos puntos de apoyo a partir de los cuales otro interlocutor puede hablar. El punto de base en el debate sobre *Todas las sangres* fue planteado por Alberto Escobar cuando sostuvo que hay una relación fundamental entre la obra de arte y la realidad. En ese sentido los turnos deben ser relevantes con respecto a los turnos anteriores. En efecto, la estructura y la secuencia de los turnos de palabra van construyendo una propia lógica en el debate, donde se establecen algunos puntos en común que pueden ser tomados como conclusiones. En cuarto lugar, se destaca el hecho de que un hablante pueda designar a otro para sucederlo en el turno siguiente creando las condiciones para ello, por ejemplo, formulando una pregunta. En quinto lugar, se desarrolla la interrupción del turno de palabra, que debe realizarse respetando los posibles lugares de interrupción del propio enunciado. Para ello el hablante dispone de ciertas categorías (sí, pero, no, ah, ahora, escucha, etc.). Todo acto de habla o turno de palabra proporciona una condición del siguiente acto o turno, del mismo modo que una proposición puede ser una condición de interpretación o presuposición del enunciado siguiente en una secuencia proyectada de intervenciones secuenciales.

Toda comunicación tiene marcos de referencia. Según Hymes (1972), los componentes de una interacción oral que configuran un hecho o evento comunicativo cualquiera constituyen un acróstico en la palabra SPEAKING conformada por las palabras: *situation, participants, ends, acts, key, instrumentalities, norms, genres*. Estos términos pueden definirse o explicarse de la siguiente manera: La *situación* se entiende como localización espacio-temporal en la que se produce el encuentro comunicativo y como atmósfera o escena psicosocial que nos hace elegir determinados hechos comunicativos. El debate sobre *Todas las sangres* tiene una localización temporal (23 de junio de 1965) y espacial (Instituto de Estudios Peruanos), como todos sabemos. Los *participantes*

son las personas que intervienen en la interacción, que reúnen ciertas características socioculturales, que establecen relaciones entre ellos y que cumplen con un «papel comunicativo» —entendido como el comportamiento discursivo que se espera de la persona—. Las *finalidades* se refieren a los objetivos o metas de la interacción y pueden ser globales o particulares. En el caso del debate sobre *Todas las sangres* hay una finalidad establecida en el inicio de este por el propio Alberto Escobar, que consiste en ver cómo la literatura nos permite el conocimiento de la realidad y cómo la realidad social influye en la creación del texto literario. Sin embargo, en el desarrollo del debate se gira dicha finalidad hacia la confrontación de la realidad presentada en la novela con la realidad peruana. Después de una lectura de las líneas argumentales del debate se pueden establecer algunos tópicos comunes a casi todos los participantes, y algunos de dichos tópicos defendidos dogmáticamente. Las *secuencias de actos de habla* hacen referencia a cómo se organiza y estructura la interacción en turnos de palabras y temas. Es Alberto Escobar el que establece la «mecánica» del debate en tres partes. Una, en la que los críticos literarios deben intervenir desde el punto de vista de la crítica literaria. La segunda parte corresponde a la intervención de los científicos sociales desde el punto de vista de las ciencias sociales. Y, por último, un intercambio de opiniones de todos contra todos. La *clave* se refiere al grado de formalidad/informalidad de la interacción, es decir, al tono, que puede ser serio, lúdico, consensual, conflictivo, íntimo, distante, etcétera. El debate sobre *Todas las sangres* tuvo un tono serio, tan serio que José María Arguedas esa misma noche escribió que su vida había dejado por entero de tener razón de ser. Los *instrumentos* involucran al canal o medio a través del cual circula el mensaje, a las formas o variedades del hablar, a los ruidos vocalizados (mm, ajá, ah) y a todos los elementos cinésicos y proxémicos (gestos, posiciones de los cuerpos) que se dan con el hablar. No tenemos el registro de las imágenes del debate y, por ello, no podemos valorar los elementos cinéticos y proxémicos. Las *normas* de interacción y de interpretación, entendidas como reglas de comportamiento habituales y compartidas por los miembros de una colectividad, las normas del discurso (Ducrot, 1972 y

1984), máximas conversacionales (Grice, 1975), postulados de conversación (Gordon y Lakoff, 1971), elementos encuadrantes del diálogo (Greimas, 1969) que organizan los turnos, es decir, la distribución y aparición de los enunciados. Hemos sostenido que los participantes del debate no tenían las mismas normas de interacción en varios niveles. El *género* se refiere al hecho comunicativo (conversación espontánea, consulta médica, debate político, etcétera) y a las secuencias discursivas. El texto que analizamos ha sido designado de varios modos: mesa redonda, debate o encuentro. Con todo, creo que la mejor definición genérica corresponde al debate.

En sentido estricto, un debate o una mesa redonda no son diálogos o conversaciones. No es diálogo el intercambio verbal dirigido desde fuera por un moderador encargado de que se respeten los turnos de palabra o, en el mejor de los casos, es una forma distinta de dialogar. En buena cuenta, el moderador manipula y dirige las intervenciones. No puede considerarse enteramente diálogo al intercambio verbal en el que se impide la libre intervención en igualdad de condiciones de todos los interlocutores. El diálogo no admite relaciones jerarquizadas que sí son posibles en otros procesos comunicativos como la conferencia o la exposición.

Una mesa redonda es un intercambio de opiniones de especialistas que se realiza bajo la dirección de un moderador y ante un auditorio para dar a conocer puntos de vista contradictorios o divergentes sobre un determinado tema. Los miembros de la mesa redonda deben reunirse con anterioridad para ponerse de acuerdo en los temas, en el orden y en el tiempo de exposición. El moderador debe hacer una introducción, encauzar la discusión al tema central, evitar las polémicas inoportunas entre los especialistas y exponer las conclusiones sintetizando las diferencias y coincidencias más sobresalientes. En el caso del debate sobre *Todas las sangres*, el papel de moderador lo desarrolló Alberto Escobar en la primera parte del debate o mesa redonda, que se caracterizó por el orden. En efecto, es Alberto Escobar el que estableció la agenda y las reglas del debate tomando como base lo tratado en la Primera Mesa Redonda sobre Literatura Peruana y Sociología. En la segunda parte desapareció el moderador y se produjo un libre intercambio de

opiniones en el que los críticos literarios apenas dijeron algo, de modo que se rompió la disposición de la mesa redonda.

Uno de los tipos de intercambio oral entre los cuales se encuentra la tertulia, la entrevista, la conferencia, el sermón, el mitin o la conversación es el debate que, según Tusón Valls (1997: 70-71), se caracteriza porque se habla sobre un tema decidido con anterioridad al inicio de la interacción verbal (la novela de Arguedas); porque normalmente tiene una duración definida (45 minutos); porque las personas que participan en el debate lo hacen en función del papel especial que cumplen dentro del mismo como sucedió cuando el que presidió el debate fue Luis E. Valcárcel, el que moderó el debate fue Alberto Escobar y los expertos en el tema fueron el propio José María Arguedas, Jorge Bravo Bresani, Alberto Escobar, Henri Favre, José Matos Mar, José Miguel Oviedo, Aníbal Quijano y Sebastián Salazar Bondy; porque los turnos de palabras, sobre todo al principio del debate, están controlados por la persona que modera, quien presenta a los diferentes participantes, va dando la entrada a sus intervenciones, interrumpe, orienta la discusión cuando lo considera oportuno y se encarga de terminar la interacción. Cumple este rol en la primera parte del debate Alberto Escobar. Además de estas características básicas, en un debate puede existir o no una audiencia a la que se puede permitir o no que intervenga. En el caso del debate sobre *Todas las sangres*, hubo una audiencia en la que se encontraba Aníbal Quijano que después sí fue invitado a intervenir en el mismo. Estos elementos posibles de una situación de habla cualquiera (sujetos, duración, tema, motivación especial, circunstancias) hacen de la conversación algo mucho más que un simple ritual prescrito.

El análisis de la conversación se convierte en una disciplina que estudia, como temas principales, las unidades en las que se articula la misma y las reglas de su disposición en secuencias. En el primer grupo estarían las unidades interactivas, caracterizadas como movimientos, turnos, intercambios o actos lingüísticos; y, en el segundo grupo, las reglas interactivas que determinan cuándo deben aparecer determinadas unidades, cómo se reconocen, con qué combinan y qué función desempeñan en la conversación.

¿En qué sentido una discusión es una conversación o un diálogo? Una discusión supone subir el tono hasta el punto que se pueda convertir en un grito. Ahora bien, el hecho de subir el tono o de gritar indica una imposición de opinión o una intransigencia en el diálogo. Entonces, cuando se produce una discusión se desata la «guerra». En efecto, una discusión es una conversación y una conversación es una guerra en el sentido metafórico propuesto por Lakoff y Johnson (1995: 118) quienes estructuran una conversación educada, como lo fue el debate sobre la novela de Arguedas, de acuerdo a las siguientes dimensiones. En primer lugar, están los *participantes* en el debate, que ya sabemos quiénes son. Los participantes son personas especializadas en un determinado tema que desempeñan el papel de hablantes. En el caso del debate sobre *Todas las sangres*, los participantes no sólo debieron ser especialistas en sus materias, sino también, al menos eso sería lo deseable, estar informados de los postulados de la especialidad complementaria. Así, se puede sostener que los científicos sociales conocían poco de teoría y hermenéutica literaria como los críticos literarios conocían poco de teoría sociológica. A esto hay que sumarle el hecho de que no manejaron un mismo código que les permitiera entenderse y, por lo tanto, comunicarse. La conversación, el diálogo o el debate se definen por lo que hacen los participantes y los participantes mismos desempeñan un papel a lo largo del debate. En segundo lugar están los *papeles* o roles, que consisten en desempeñar un cierto tipo de actividad como es saber hablar. En efecto, cada turno de palabra es una parte de la conversación tomada como un todo, y esas partes se deben ajustar unas a otras de una determinada forma para que se dé una conversación coherente. Un análisis de cualquier debate no puede desestimar ninguna intervención, o ningún turno de palabra, porque forma parte de un todo. En tercer lugar están las *etapas*. Todo debate tiene fases, es decir, una serie de condiciones iniciales que luego pasan por varias etapas que, al menos, incluyen un principio, una parte central y un final. Así pues, hay en el debate sobre *Todas las sangres* las siguientes etapas: la introducción y opinión de Alberto Escobar; las intervenciones de los críticos literarios Sebastián Salazar Bondy, José Miguel Oviedo y Alberto Escobar;

la intervención y diálogo de José María Arguedas; las intervenciones de los científicos sociales Jorge Bravo Bresani y Henri Favre; nuevamente la intervención y diálogo de Arguedas; y, finalmente, las intervenciones de los científicos sociales José Matos Mar y Aníbal Quijano. En cuarto lugar, está la *secuencia lineal*, entendida como la sucesión de los turnos de los participantes ordenados en una secuencia lineal. Sin embargo, toda secuencia lineal está plagada de interrupciones o de ruidos. Si no se alternan los turnos de palabra se produce un monólogo. En quinto lugar, tenemos la *causa*, entendida como el turno de palabra que sirve como base para el nuevo turno de palabra. En efecto, las intervenciones de los primeros participantes delimitan el derrotero temático por el que se conducirá el debate, aunque siempre es posible transgredirlo. En sexto lugar, tenemos el *objetivo*. El propósito del debate fue establecer en qué medida la novela de Arguedas mostraba la realidad peruana de ese entonces y si *Todas las sangres* servía o no como un documento válido para las ciencias sociales.

A su vez, una discusión, entendida como una guerra racional de ideas entre los participantes de un debate, exige ciertos aspectos que no necesariamente están presentes en la discusión cotidiana. En este sentido, también es necesario que se consideren los siguientes aspectos. Con relación a los *contenidos*, es necesario que los participantes tengan las suficientes evidencias para expresar ideas o para defender una posición propia. En el caso del debate que estudiamos partimos del supuesto de que todos habían leído la novela con atención pero desde diferentes perspectivas, lo que evidencia que, a pesar de que estaban discutiendo acerca de *Todas las sangres*, no se manejaron los mismos contenidos. En lo que se refiere al *progreso*, que implica comenzar con lo que de manera general es más simple y compartido para derivar en conclusiones, si éstas son posibles. Debemos decir que en el debate sobre la novela de Arguedas no se llegaron a establecer conclusiones y que estas más bien están derivadas del análisis del mismo. Si tomamos en cuenta la *estructura*, que exige conexiones lógicas apropiadas entre las diferentes partes o turnos de palabra de tal manera que el debate sea coherente y cohesivo, hemos constatado un conjunto de contradicciones de los

participantes en el debate sobre *Todas las sangres*, que se agudizan si revisamos las intervenciones de los mismos en el Primer Encuentro de Narradores Peruanos y la Primera Mesa Redonda sobre Literatura Peruana y Sociología. Con relación a la *fuerza*, que se refiere a la capacidad de argumentación y que depende del peso de la evidencia y de la organización retórica del discurso, debemos anotar una confesión curiosa que quita fuerza argumental a unos y aumenta la de otros. Esto tiene que ver con el conocimiento del mundo andino que sirve como referente en la novela y con la experiencia vital que no todos los participantes en el debate tenían. En lo que respecta a lo *básico*, entendido como las ideas fuerza en las cuales se basan las afirmaciones siguientes: a la *obviedad*, entendida como aquello que no está dicho pero que está en cualquier argumento; al *ser directo*, ya que la fuerza de un argumento puede depender directamente de lo que pase en las premisas; y a la *claridad*, entendida como la comprensión del discurso por parte del interlocutor, remito a los lectores a leer el capítulo que se refiere a las líneas argumentales del debate.

Un debate (discusión) tiene las siguientes características según Lakoff y Johnson (1995):

Un participante tiene una opinión que le importa (tener una posición). / El otro participante no está de acuerdo con su opinión (tiene una posición diferente). / Es importante para uno o los dos participantes que el otro abandone su opinión (se rinda) y acepte la del otro (victoria) (él es el adversario). / La diferencia de opinión se convierte en conflicto de opiniones (conflicto). / Uno piensa en cómo convencerle (plan, estrategia) y considera qué evidencias se pueden aportar relevantes para el caso (organización de las fuerzas). / Considerando lo que se percibe como la debilidad de la posición del otro, se preguntan cosas y se proponen objeciones dirigidas a forzarlo a la larga a abandonar su posición y adoptar la propia (ataque). / Se trata de cambiar las premisas de la conversación de manera que repercutan en un refuerzo de la propia posición (maniobras). / En respuesta a las preguntas del otro y a

sus objeciones se trata de mantener la posición propia (defensa). / Conforme avanza la discusión, mantener la visión general puede exigir alguna revisión (retirada). / Se pueden formular nuevas preguntas y objeciones (contraataque). / O bien uno se cansa y decide dejar de discutir (tregua), o ninguno de los dos puede convencer al otro (tablas) o uno de los dos cede (rendición) (1995: 119-120).

Siguiendo con la metáfora, por la cual un debate es una guerra, podemos describir la metáfora desde las seis dimensiones antes propuestas. Así, los *participantes* harán el papel de adversarios. Desde mi punto de vista, los adversarios no son los críticos literarios frente a los científicos sociales, sino los críticos literarios y científicos sociales juntos frente a José María Arguedas y Alberto Escobar. Las *partes* pueden ser las posiciones asumidas por los grupos adversarios, las estrategias, el ataque, la defensa, la retirada, las maniobras, el contraataque, la tregua, el silencio, la rendición o la victoria. Las *etapas* estarían conformadas por las condiciones iniciales, las posiciones diferentes y modificables defendibles o cedibles, el centro del debate, las maniobras y el estado final que puede ser de vencedor, empatador o perdedor. La *secuencia lineal* está conformada por los ataques, defensas y contraataques que se dan a través de la sucesión de los turnos de palabras. La *causa* es producida por una intervención cualquiera que produce una reacción de ataque y defensa. En el caso del debate de *Todas las sangres*, los ataques provienen de los críticos literarios y científicos sociales y la defensa siempre es de José María Arguedas ayudado, mientras está presente, por Alberto Escobar. El *objetivo* es la victoria. Tal y como se puede desprender del manuscrito que Arguedas escribió la misma noche del 23 de junio, se puede concluir que los vencedores fueron «dos sabios sociólogos y un economista».

Van Dijk (1996: 225) establece una tipología conversacional que incluye la conversación cotidiana, la conversación formal o semi-formal, la consulta, el interrogatorio, el examen, la entrevista, la hora de clase, el seminario, la sesión de trabajo, la asamblea, el congreso, el altercado, la disputa, la discusión, el debate, el foro, el proceso, la charla,

el diálogo «dador-tomador», el intercambio de cartas (pedido/contestación), rellenar el formulario, etc.; y que pueden definirse mediante los siguientes rasgos: en primer lugar está la secuencia de actos de habla; en segundo lugar, las categorías de los interactuantes y sus posibles contribuciones; en tercer lugar, la situación social (privada, pública, institucional) en la que se produce el debate; en cuarto lugar, el grado de convencionalización (normalización) del debate; en quinto lugar, el objetivo social de la interacción, que estuvo más o menos establecido de manera general y que no se concretó de modo específico; en sexto lugar, las convenciones (reglas, normas, usos, etc.) que se establecen para realizar el debate. Por otra parte, Van Dijk (1984) plantea una estructura esquemática básica para una conversación, que tiene las siguientes categorías provisionales: la *Apertura*, que hace Alberto Escobar y que involucra un marco y una serie de turnos que hacen las veces de apertura (la apertura depende de muchos factores como el de la formalidad, que en algunas culturas es más compleja que en otras). La *Orientación*, que designa a una serie de turnos de palabra que tienen la función de preparar el tema de la conversación. Esta función también la realiza Alberto Escobar. Con la orientación se pretende despertar el interés del interlocutor, pero también se puede dirigir el debate. El *Objeto* de la conversación es de lo que trata la conversación, el contenido, lo que quiere decirse; en este caso la novela de Arguedas. Ahora bien, generalmente, las conversaciones no tienen un solo tema, sino que podemos hablar también del paso de un objeto de la conversación a otro. Lo que ocurre es que alrededor de *Todas las sangres* se van tocando diferentes subtemas. La *Conclusión*, que involucra una serie de turnos cuya función es la terminación del tema. Dado que la grabación y el registro gráfico se desvanecen no podemos asegurar que se llegaran a establecer conclusiones. La *Terminación* o turnos de cierre, que no existió en el debate que estudiamos.

Hemos presentado aquí la estructura y funcionamiento del debate sobre *Todas las sangres* y hemos constatado que, teóricamente, hay algunos elementos que no se presentan en la manifestación real del debate sobre la novela. A pesar de que los registros de grabación y

transcripción del debate son incompletos, esto no nos impide hablar de una estructura formal de debate.

Referencias bibliográficas

Básicas

- Arguedas, José María (1983): *Obras Completas*. Compilación y notas de Sybila Arredondo de Arguedas, prólogo de Antonio Cornejo Polar, 5 tomos, Lima, Horizonte.
- Bravo, Jorge (1966): «Literatura Peruana y Sociología», *Revista Peruana de Cultura*, 7-8, pp. 176-184.
- Escobar, Alberto (1965): «La guerra silenciosa de *Todas las sangres*», *Revista Peruana de Cultura*, 5, pp. 37-49.
- (2000): «Introducción a la primera edición (de 1985)», en Guillermo Rochabrún, ed., pp. 75-84.
- Favre, Henri (1996): «José María Arguedas y yo: ¿un breve encuentro o una cita frustrada?», *Cuadernos Americanos*, 56.
- Instituto de Estudios Peruanos (1985): *Mesa redonda sobre Todas las sangres. 23 de junio de 1965*, Lima, IEP.
- Oviedo, José Miguel. «*Todas las sangres* de J. M. Arguedas. Un vasto cuadro del Perú Feudal», *El Comercio*, Suplemento Dominical, 7 de febrero de 1965, pp. 6-7.
- (1965): «Sociología vs. Novela», *El Comercio Gráfico*, 28 de junio de 1965.
- (1965): «Vasto cuadro del Perú feudal», *Marcha*, 27, pp. 38-42.
- (2000): «Las peras del Olmo», en Guillermo Rochabrún, ed., pp. 67-68.
- Pinilla, Carmen María (1994): *Arguedas. Conocimiento y vida*, Lima, PUCP.
- Latinoamericana Editores (1986): *Primer encuentro de narradores peruanos*, Lima, Latinoamericana Editores.
- Quijano, Aníbal (1965): «De Aníbal Quijano a José M. Oviedo. En torno a un diálogo», *Boletín de Sociología*, I, 2, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pp. 18-20.

- Rochabrún, Guillermo (2000): *La Mesa Redonda sobre Todas las sangres: 23 de junio de 1965*, Lima, IEP-PUCP.
- (2000): «Las trampas del pensamiento. Una lectura de la Mesa Redonda Sobre *Todas las sangres*», en Guillermo Rochabrún, ed., pp. 85-110.
- Salazar Bondy, Sebastián (1958): «Novela, realidad y ficción», *La Prensa*, 26 de diciembre de 1958.
- (1965): «Arguedas: la novela social como creación verbal», *Revista de la Universidad de México*, 11, pp. 18-20.

Complementarias

- Beuchot, Mauricio y Francisco Arenas-Dolz, dirs. (2006): *10 palabras clave en hermenéutica filosófica*, Pamplona, Verbo Divino.
- Bobes Naves, María del Carmen (1992): *El Diálogo. Estudio pragmático, lingüístico y literario*, Madrid, Gredos.
- Buber, Martín (1969): *Yo y tú*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Ducrot, Oswald (1972): *Decir y no decir*, Barcelona, Anagrama.
- (1984): *El decir y lo dicho. Polifonía de la enunciación*, Barcelona, Paidós.
- Gadamer, Hans Georg (1992): *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca, Sígueme.
- Gordon, O. y G. Lakoff (1971): «Conversational Postulates», *Papers from the Seventh Regional Meeting of the Chicago Linguistic Society*. pp. 63-84.
- Grice, H. P. (1975): «Logic and Conversation», en P. Cole y J. L. Morgan, eds., Nueva York, Academic Press, pp. 41-58.
- Greimas, A. J. (1969): *Semántica estructural*, Madrid, Gredos.
- Habermas, Jürgen (1981): *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus, 2 vols.
- Knapp, Mark L. (1982): *La comunicación no verbal. El cuerpo y el entorno*, Barcelona, Paidós.
- Lafont, Cristina (1993): *La razón como lenguaje*, Madrid, Visor.
- Lakoff, George y Mark Johnson (1995): *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra.

- Levinas, E. (1979): *Fuera del sujeto*, Madrid, R. Ranz Torrejón & C. Jarrillot Rodal.
- Levinson, Stephen C. (1989): *Pragmática*, Barcelona, Teide.
- Mayoral, José Antonio (1987): *Estética de la recepción*, Madrid, Arco/Libros.
- Moratalla, Agustín Domingo (2006): «Diálogo», en Mauricio Beuchot y Francisco Arenas-Dolz, dirs., pp. 177-218.
- Tusón, Amparo (1997): *Análisis de la conversación*, Barcelona, Ariel.
- Valdés, Luis M., comp. (2000): *La búsqueda del significado*, Madrid, Tecnos.
- Van Dijk, Teun A. (1996): *La ciencia del texto*, Barcelona, Paidós.